

Desbordar las plazas: una estrategia de objetivos¹

Santiago López Petit

1. El movimiento 15-M que se ha desarrollado estos días supone el fin de una etapa de obediencia y sumisión. Tomar las plazas ha sido el gesto radical —repetido en tantas ciudades— que nos ha permitido hacer oír el grito colectivo de "Ya está bien. Queremos vivir". Hemos comenzado a perder el miedo. Juntas hemos atravesado la impotencia y la soledad.
2. Hemos aprendido a organizarnos, a tomar decisiones colectivamente, a vivir en la calle y a que la calle viva en nosotras (*nosaltres*). La inteligencia colectiva ha resultado prodigiosa, ya que nos ha permitido avanzar en lo que parecía imposible: crear *otro* mundo dentro, pero, al mismo tiempo, contra este mundo hecho de miseria moral y económica. Hemos sabido autoorganizar un agujero negro ininteligible para el poder y que por esto teme. El poder teme todo lo que no puede entender y por tanto controlar.
3. La novedad fundamental de nuestro movimiento es que no se construye sobre la *sociedad fábrica*, sino que nace al juntar y compartir el malestar de cada una de nosotras. No vamos a la plaza tomada como trabajadores, ciudadanos... sino que allá dejamos detrás toda identidad. Somos, más que en ningún otro lugar, cada una de nosotras mismas, y al mismo tiempo somos singularidades de una fuerza del anonimato, de una fuerza de vida, que apunta más allá de la realidad existente.
4. El *nosotros* que se ha formado no preexistía, no estaba latente, sino que ha surgido a la vez que hemos tomado las plazas. Por esto es un nosotros abierto, abierto a todo el que quiera entrar y formar parte.

¹ Tomado de *Les veus de les places*, 2011, Icaria, Barcelona. Se reproduce esta versión en español con permiso del autor.

En la plaza hemos aprendido a conjugar el verbo politizar, y el propio espacio ha sido lo que ha permitido la articulación de las diferentes politizaciones que se dan necesariamente divididas a lo largo del tiempo. El rumor de fondo que el poder quería hacer callar ha emergido. Nosotros somos el rostro de este rumor que ha acabado con el silencio del cementerio.

5. Tomar las plazas significa, antes que nada, tomar la palabra. Pero la palabra, el discurso, no es tanto lo que se dice como lo que se hace. En las plazas, lo más importante es lo que se hace y cómo se hace. Esto es cierto y ha sido así. Ocurre, a pesar de todo, que poco a poco la potencia que nos ofrecía una manera de funcionar (comisiones, subcomisiones, consenso) se ha convertido en un auténtico freno. Por un lado, una organización tan subdividida, si bien puede ser eficaz, introduce una dispersión creciente, una pérdida de contenidos esenciales y, sobre todo, una profunda arbitrariedad que acaba por ser paralizante. Por otro lado, el consenso debe ser un medio, pero nunca un objetivo en sí mismo, porque, si esto no es así, no se podrán tomar decisiones políticas inaplazables. El hecho de estar juntos no se puede medir en unidades de consenso.
6. Ahora el problema fundamental es cómo continuar el movimiento que ha empezado. Porque hay una cosa que día a día estamos comprobando: si no avanzamos hacia adelante, necesariamente retrocederemos. Y esto es así porque la posición que hemos levantado al tomar las plazas se vio minada tanto por el retorno a un primer plano de las opciones personales —es decir, de un proliferar de intereses completamente subjetivos que habíamos conseguido apartar—, como la campaña de difamación orquestada por los medios de comunicación oficiales.
7. El problema no es si abandonamos la plaza o no. El problema es cómo continuamos hacia adelante con un movimiento que ha sido el más importante de los últimos años y que seguramente abrirá un ciclo de luchas. En Plaza Cataluña hemos gritado muchas veces "Aquí comienza la revolución". Quizá deberíamos tomarnos en serio estas palabras. Cuando afirmamos "No somos mercancía", "Nadie nos representa" y otras frases parecidas, estamos construyendo un discurso revolucionario que socava lo más esencial de este sistema. El problema no es si abandonamos la plaza o no. El problema es si nos atrevemos a pasar de indignados a revolucionarios.

8. Como indignados, sabíamos que teníamos que atacar antes que nada a los políticos y los banqueros. Esta intuición era cierta, especialmente en lo que respecta a los primeros. El subsistema político que funciona con el código gobierno/oposición es muy fácil de atacar. Basta con afirmar, de manera consecuente, que "Nadie nos representa", y así cortocircuitamos uno de los códigos fundamentales que organiza la realidad. No en vano, la deslegitimación del Estado ha crecido. En cambio, no hemos conseguido erosionar el código *tener dinero/no tener dinero* que rige el subsistema económico. Ni hemos sabido hacer frente a la crisis y al uso de la crisis por parte del gobierno.
9. Por este motivo, el movimiento de la toma de las plazas está abocado a tener que hacer un salto, ya que, en caso contrario, o nos quedamos dentro de una burbuja autocomplaciente, hecha de opciones personales, o la deslegitimación de la política por ella misma no llegará nunca a abrir otro mundo. Se ha de atacar toda la realidad, toda esa realidad enteramente capitalista en la que nos ahogamos. Dar un salto quiere decir entonces atrevernos a ser revolucionarios; más exactamente, atrevernos a imaginar qué significa ser revolucionarios hoy en día.
10. El problema no es si abandonamos la plaza o no. El problema es cómo *desbordamos las plazas*, y por esto hemos de pensar ya no sólo como indignados, sino como revolucionarios. Desbordar la plaza es conjugar colectivamente el verbo politizar, y por esto hemos de inventar una articulación de dispositivos que ya hemos empezado a utilizar: enjambres cibernéticos, asambleas generales y de barrio, comisiones diversas.
11. De la misma manera en que somos un *nosotros* que no se puede subsumir en un espacio público no estatal —no somos una asamblea general, un grupo en fusión, un pueblo nómada, un mundo hecho de singularidades—, la organización que regule el desbordamiento debe ser también una articulación compleja de dispositivos. La fuerza del anonimato, la fuerza de vida que somos, rechaza los antiguos modelos identitarios y sectoriales. De la misma manera, cualquier intento de recuperar nuestra fuerza mediante la forma de partido está abocada necesariamente al fracaso. La fuerza del anonimato nunca podrá ser encerrada en una urna.
12. Desbordar la plaza no es una metáfora. Consiste en infiltrarse dentro de la sociedad como un virus, actuar como partisanos que sabotean la

realidad durante la noche. Pero debemos volver intermitentemente a la plaza y esforzarnos por mantener allí un rastro de nuestro desafío. La plaza tomada debe seguir siendo una referencia política y, a la vez, la mejor base de operaciones desde donde partir para proseguir esta guerra de guerrillas. Infiltrarse en la sociedad implica, en definitiva, un cuestionamiento radical de todo lo que se impone con la fuerza de la obvedad. Para que esta lucha sea efectiva, debemos dotarnos de una estrategia de objetivos y de maneras adecuadas de actuación. El grito de rabia y de esperanza que ha resonado en las plazas debe organizarse políticamente; en caso contrario, se perderá en la oscuridad, y de nuevo el silencio entrará en nuestro corazón.

13. Cuando la vida es un campo de batalla, se entierran los diversos frentes de lucha, y es más fácil que nunca crear una estrategia de objetivos. La estrategia de objetivos que proponemos podría empezar con: a) 1 000 euros para cada persona por el solo hecho de formar parte de la sociedad y teniendo en cuenta la riqueza acumulada; b) no más desahucios y vuelta de los expulsados; posibilidad de devolver la vivienda al banco y no continuar pagando la hipoteca; c) no a la ley Sinde, contra la privatización de la red. La estrategia de objetivo se inscribe y tiene sentido sólo en el interior del movimiento que deslegitima al Estado de los partidos políticos. No se trata, por tanto, de unos puntos mínimos que negocian los portavoces.
14. Una estrategia de objetivos requiere de la acción directa para poder imponerse. En nuestra época, su culminación no puede pensarse bajo el modelo de la huelga general clásica. Por un lado, la fábrica ha perdido toda la centralidad política, por otro, está el miedo, y los sindicatos saben cómo gestionarlo. De la misma manera que con la toma de la plaza se inventa una forma de luchar inesperada, la misma acción directa debe ser pensada de nuevo. La transformación social, económica y política que ha tenido lugar en las últimas décadas —la sociedad entera se ha convertido en productiva— juega a nuestro favor, ya que extiende la vulnerabilidad a todo el territorio. Por esta razón, la acción directa debe ser, sobre todo, *interrupción* de los flujos de mercancías, energía e información, que atraviesan y organizan la realidad.
15. El gesto radical de tomar la plaza que se ha plasmado en tantas ciudades debe continuar vaciando las instituciones de poder, pero ha de prolongarse en un bloqueo real y efectivo de este sistema de opre-

sión. No es imposible. Somos nosotros mismos quienes al vivir sostenemos esta máquina infernal y corrupta que huye hacia adelante. Si realmente estamos indignados, tenemos que hacer de nuestra vida un acto de sabotaje, y entonces todo se ahogará. Todo se caerá como un castillo de naipes, y quizá encontremos una playa en la Puerta del Sol. Todavía no sabemos qué sorpresas puede depararnos el futuro que estamos comenzando a construir ●

Traducción: Rían Lozano